

EL COMBATE

AÑO II.—NÚMERO 33

SEMANARIO REPUBLICANO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Salamanca: trimestre, UNA peseta.—Fuera: ídem, 1'50.
Fuera: semestre 2'75.

Número suelto, 5 céntimos.—25 ejemplares, UNA peseta.
Número atrasado, 10 céntimos.

Director: D. ANGEL LORD MARCOS

A quien se dirigirán los originales y toda clase de correspondencia.

CUESTA DE OVIEDO

DOMINGO 25 DE FEBRERO DE 1900.

NUESTRO AYUNTAMIENTO

Y LA PRENSA SALMANTINA

Estoy leyendo por tercera vez los artículos que han publicado tanto *El Adelanto* como *El Noticiero*, y no quiero persuadirme de que es una realidad lo que al principio sería como una ilusión del pensamiento ó como fenómeno de mi pobre imaginación.

Pero no es ilusión, ni es fenómeno, es una realidad.

El Adelanto, y *El Noticiero* que son los diarios de más circulación en la provincia y en la región, según dicen ellos á la cabeza de sus columnas, viene ahora, con rara coincidencia, pretendiendo hacer opinión y defendiendo un asunto que bajo cualquier punto que se le mire ni tiene defensa, ni es posible que nadie esté conforme con ellos, á no ser los seis concejales que en la corporación municipal pretenden, contra viento y marea, defender al amigo, posponiendo los intereses de todos los vecinos.

El hecho es sencillísimo; se trata de un empleado, íntimo del Sr. Veira, que desde que se fundó la panadería municipal figuraba al frente de la expendeduría; empleado que si no le negamos las condiciones de diligente y probo, en esta ocasión ha quedado patentizado que se estralimitaba en su cometido hasta el punto de vender por su cuenta, en mucha ó poca cantidad, pues esto es lo de menos, lo que solo al dueño de la panadería, ó sea al Ayuntamiento, pertenece; empleado que cobra del Ayuntamiento el total de bonos expedidos por feria, sin haber podido dar los panes que correspondían á dichos bonos, puesto que, según dicen, hay bonos sin repartir en el expediente formado; empleado que en muchas ocasiones, y por confesión propia, no entregaba al comprador el céntimo que le sobraba del precio puesto al pan, empleado, al fin, que entró como dependiente de consumos y que jamás hizo una guardia ni ronda, pues desde el primer día fué colocado en la expendeduría con sueldo más crecido que el que le correspondía por nómina.

Pues bien, todo esto que hacen potente y público la mayoría de los concejales es calificado por *El Adelanto* de asunto baladí y de poca monta y, al *Noticiero*, le hacen escribir ó, por mejor decir, insertar un artículo defendiendo al empleado y pidiendo nada menos al gobernador civil que barra al Ayuntamiento puesto que se dedica á barreruras del pan.

Con razón llamaba un compañero mío en las columnas de *El Combate* gran prostituta á la prensa de gran circulación.

Como esas infelices mujeres que se venden al mejor postor, lo mismo se rinden nuestros diarios á la amistad ó á la conveniencia, pisoteando la verdad y pretendiendo hacer la voz de la justicia y de la razón.

¡Como si con sus ridículas pretensiones fueran ellos la voz desinteresada y noble del pueblo!

No comprenden que teniendo su pluma como las veletas á merced del viento que sopla, no consigue otra cosa que arraigar más y más en el pueblo el excepticismo y hacer que mire á la prensa, con glacial indiferencia sin hacerse caso para nada de sus opiniones, porque saben que la mayoría de las veces no responden á otra cosa más que al mezquino interés material ó de amistad, siempre sagrada esta última

es la intimidad particular, pero no cuando del público se trata.

De ridículas hemos calificado las pretensiones de nuestros diarios, y sostenemos el calificativo.

Se comprende que en Madrid, esa prensa de gran circulación ponga precio á sus campañas á favor ó en contra de determinadas empresas ó personalidades, porque al fin y al cabo algo influye en la opinión general que no le es dable conocer el móvil de la campaña en la mayoría de los casos hasta mucho tiempo después de iniciada ¿pero aquí? ¿en Salamanca? ¿donde todos nos conocemos y sabemos dónde vamos? farsa necia y ridícula pretensión repetimos, de nuestros diarios si creen llevar la opinión por donde ellos se proponen.

Y si no, ahí va un ejemplo sincero y leal; como nosotros nos explicamos la actitud de *El Adelanto* en la cuestión de la panadería.

Si D. José Martín Benito, con su incomprendible actitud, en vez de colocarse al lado del Sr. Veira, se hubiera ido, como se esperaba, con la mayoría del Ayuntamiento, dejando á un lado ligeras susceptibilidades, por ventura ¿*El Adelanto* se hubiese atrevido á llamar al asunto baladí y de poca monta?

Seguros estamos de que no, y más seguros que hasta hubiera cantado himnos de alabanzas á nuestro Ayuntamiento y al Sr. Veira y á su entrantable amigo y algún otro que no le ha dejado nunca ser sincero del todo en las campañas que inició hace tiempo en contra de la panadería, por estar muy encariñado con ello desde el principio.

Pero claro, el Sr. Martín Benito, por razones que su conciencia le impondría, pero para nosotros inexplicables, votó en pró del empleado infiel á su cometido é impuso á la corporación por el Sr. Veira y *El Adelanto* no teniendo otras razones que alegar en favor del amigo, y cegado por una pasión, que si es noble siempre, debe tener sus límites cuando se lleve la pretensión de hacer opinión imparcial y justa, pretende hacer ver que el asunto en el que tanto empeño han demostrado muchos concejales y sobre todo los señores Torres, García Martín y Meca, es baladí y de poca monta puesto que la cuantía de lo que se vendió sin permiso, el importe de los bonos y la cuestión de los céntimos no devueltos, arroja una cantidad relativamente pequeña.

¿Desde cuando en la redacción de *El Adelanto* la moralidad de los empleados en una corporación se miden por la cuantía á que pueda ascender la inmoralidad? Justo y bueno que en el terreno particular se mida hasta cierto punto con esta tan elástica medida, pero ¿en una corporación? ¿de dónde deduce *El Adelanto* tan peregrina teoría? para el que administra lo ajeno, tan sagrados deben ser veinticinco céntimos como un millón de pesetas; sólo así se puede ser buen administrador, bajando la mano hasta los asuntos de poca monta, pues así se pueden evitar otros de más importancia que siempre se engendran al calor de los pequeños, y cuando se ve la apatía y el desprecio en los asuntos por parte de quien tiene obligación de mirar por los intereses á él encomendados con más cariño que por los suyos propios.

Y si todo lo anteriormente expuesto decimos á *El Adelanto*, qué diremos del artículo que *El Noticiero* insertó en sus co-

lumnas hace pocos días defendiendo también la conducta de la minoría capitaneada por el Sr. Veira y defensora acérrima del empleado en la expendeduría de la tahona municipal?

Pública y notoria es la influencia que ejerce en la redacción de nuestro colega el concejal Sr. Iglesias; pública y notoria es la amistad íntima de este señor con su compañero D. Joaquín M. Veira y público es el interés de éste último con el empleado á que nos referimos, luego la actitud de *El Noticiero* se explica claramente que ha de ser favorable á todo cuanto proceda de esos señores, torcido ó derecho, si lo primero, procurando quitar importancia al asunto y pretendiendo estraviar la opinión; si lo segundo; vistiendo de gala y echando las campanas á todo vuelo en honor de sus amigos.

Léase bien el artículo á que nos referimos y corroborando lo que al principio decimos «de que aquí todos nos conocemos», véase si en él no se trasluce la pluma del jefe de esa minoría, pues ni el despecho ha sabido ocultar entre sus líneas cuando concluye el artículo llamando la atención de nuestra primera autoridad civil para que suspenda al Ayuntamiento por el delito de.... de no seguir sus inspiraciones y hacer su santísima voluntad dentro de la corporación, como por desgracia á ello venía acostumbrado.

Así se escribe la historia; esta es la opinión imparcial y de mayor circulación de Salamanca y todos hacemos nuestros piuitos de regeneradores, ahora que está de moda esa empalagadora frase, que por lo que de ella se ha abusado en poco tiempo, resulta un sarcasmo en labios de la mayoría de los españoles.

¡Y luego se pretenderá que en el Ayuntamiento reine la buena fe y el deseo desinteresado en bien de los intereses municipales!

«No comprende esta prensa que aquel que ocupa esos puestos, sin mira alguna particular, y que sacrifica amistades y el bien propio por cumplir un mandato leal y noblemente por necesidad ha de rendirse ante las decepciones que tiene que sufrir al ver que su buena fe se estrella ante los convencionalismos de las cajas administrativas, de esa prensa que pretende y quiere hacer pasar como opinión general, lo que únicamente está fraguado al calor de una amistad y á veces (no ahora) al calor de una promesa cotizada en plaza pública por precio más ó menos estimable, pero siempre mezquino y no muy correcto.

El Combate habla así porque cree un deber hacerlo; lamenta en su interior tener que sacar nombres para él muy respetables, y aunque se crea lo contrario, afectos á su amistad, puesto que hasta con el mismo interesado y expendedor de la panadería siente corrientes de simpatía y amistad, que en el terreno particular lo demostraríamos en cualquier ocasión que le fuéramos necesarios; pero esta amistad y esta simpatía, no nos ciegan hasta el punto de dejar incumplido un deber que contragimos con el público, desde el momento que firmamos moralmente con el el contrato de ser sinceros y leales en todos los asuntos que á ese mismo público afectase.

Otras consideraciones podíamos hacer respecto á la campaña de *El Adelanto* en este asunto, como en aquella otra en que se excitaba al Ayuntamiento y se aplaudió con entusiasmo al Sr. Veira, para que

se arrendase ó se comprase cierto local para que sirviera de Audiencia provincial por lo que con lo dicho creemos haber demostrado que si *El Adelanto* es ingrato con sus amigos, en cambio con el público si lo es, pues en muchas ocasiones deja correr su pluma, movida no por lo que le dicta su conciencia sino por lo que conviene á sus amistades.

Ahora, para concluir, apreciables colegas, dos palabras.

La importancia de este asunto se la habéis dado vosotros con querer quitársela, pues de no haberlo defendido en vuestras columnas, el hecho hubiera quedado reducido sencillamente, á la extralimitación más ó menos grave de un empleado, y al cumplimiento de un deber por parte del Ayuntamiento.

El centro obrero

II

Para la rondalla «Hijos del Trabajo».

Algunos artesanos han formado una rondalla con el simpático título de «Hijos del Trabajo».

Cuanto han oído lo bien que ejecutan las piezas de su repertorio, convienen en que hace mucho tiempo que no se ve en Salamanca una comparsa tan completa. Aparte el gusto con que les he oído, mi satisfacción mayor es la ha producido el ver confirmada una idea mía; que cuando los artesanos, los trabajadores se proponen una cosa, siempre salen victoriosos en sus proyectos.

Buen ejemplo es este, en pueblos como Salamanca, donde es muy raro ver quien se interese por cosa alguna, y mucho más, quien la realice.

«Tocan de verdad». «Eso es una comparsa», esto y algo más, todo en elogio de los comparsistas, se oyó á la primera noche que pasaron por la Plaza.

Creo que merecen la enhorabuena más cumplida, tanto el director como los demás individuos, por haber dado una prueba muy estimable de constancia y otra no pequeña de aptitud.

Ahora lo que hace falta, es no desaprovechar lo que han conseguido, pues sería una lástima que el trabajo empleado no sirva más que para emborracharse los días de Carnaval y pasear arriba y abajo la calle de Zamora.

Por si alguno quiere aprovechar la idea, dedico estos renglones á la rondalla «Hijos del Trabajo».

Como dije en mi último artículo de *El Combate*, es muy posible, y yo lo deseo muy de veras, que pronto se inaugure un Centro obrero, en el que pueden tener representación todas las asociaciones de trabajadores que se constituyan en Salamanca.

La prosperidad de dicho Centro y la importancia que para la clase trabajadora llegue á adquirir, sólo beneficiará á esta clase y por eso debe ser obra suya. ¿No sería una buena idea, á la que puede servir de base la rondalla «Hijos del Trabajo», crear una sección artística en el Centro obrero?

Todos los que forman la rondalla son obreros, y con ellos podía constituirse la sección artística, y si después querían ingresar más en ella, podía hasta llegar á ser una gran cosa.

Hace mucha falta despertar en los obreros de Salamanca el amor á lo bello: música, pintura, literatura. Todas esas artes, que tanto contribuyen á la educación del individuo, harían cambiar bien pronto la vida de muchos obreros, que hoy se reducen todo á ir á la taberna, de la que sólo pueden sacar enfermedades y cuestiones. Aunque lo que propongo no sirviera más que como medio de distracción, para alejar al obrero de la taberna, debía hacerse.

Con que, señores, mi enhorabuena, y á ver si alguno aprovecha la idea y se atreve á realizarla, y demuestran los trabajadores de Sala-

manca, que sin bendiciones episcopales, ni protección burguesa, puede hacerse lo que hasta ahora no se ha hecho con esos medios.

PEPE REY

NOTA.—En la próxima sesión del Ayuntamiento, espero que se discuta una solicitud presentada por la Agrupación socialista, pidiendo á la Corporación municipal una subvención para sostener el Centro de Sociedades obreras, ó un local adecuado para que en él pueda establecerse. Veremos.

A. PUNTAPIÉS

Pretender que las instituciones llamadas religiosas son buenas y beneficiosas á la humanidad, es pretender un absurdo.

¿Qué se puede esperar de esas colecciones de hijos que cuando sus padres más necesitados están de ellos, rompen los vínculos que constituyen la familia, que son el amor y la ayuda que en sus penalidades pueden proporcionarse unos á otros? ¿Acaso puede esperarse algo de esos hijos que cuanto llega el tiempo de recompensar ó dar gracias por medio de us ayuda á los padres que han sufrido y trabajado por verlos hombres, los abandonan por sus miras egoístas?

El que es mal hijo, no puede ser buen ciudadano, ha dicho no se quién y con sobrada razón.

Los que no tienen cariño á los que les dieron el ser, con los cuales están, por consiguiente, íntimamente ligados, con mucho mayor motivo no sentirán en sus pechos ese amor que todo buen hijo siente por su patria.

En innobles pechos no pueden existir nobles sentimientos.

Además, la agrupación de individuos de un solo sexo que viven en constante intimidad, es fecundísimo foco de toda clase de vicios, que con desgraciada facilidad se extiende por fuera del recinto en que aquellos habitan, y bien demostrado queda esto con la simple lectura de la prensa que diariamente nos da noticias de los diferentes escándalos conventuales.

Vivir así, es vivir contra natura.

Donde existan las ideas de holganza, existe el vicio—dicen los mismos frailes, jesuitas y monjas. ¿Qué es lo que pretenden ellos sino vivir sin trabajar? Luego forzosamente en ellos tiene que existir el vicio.

Hay que ser laboriosos,—licen también, y ocuparnos en algo para que el demonio no se apodere de nosotros; pues bien: frailes, monjas y jesuitas, á trabajar. ¿Que ya lo hacéis rezando? Mentira; y además, desde el momento en que las oraciones las sabéis de memoria, al repetir las sin daros cuenta de lo que decís con ese monótono y característico canturreo con que por costumbre lo hacéis, la imaginación vuela á otro lugar mejor, tal vez á cuando érais mimados hijos de familia; y ¿quién duda de que este recuerdo no trae otro más pecador aún, el de algún desliz cometido durante aquella época ó el de algún furtivo amor sentido durante aquella juventud más laboriosa y más honrada?

Por otra parte, ¿no es el trabajo un virtud? Pues vosotros, que debéis poseer y practicar todas, carecéis de ella. A trabajar, pues; á trabajar, frailes, monjas y jesuitas, que si no lo hacéis no sois virtuosos, no servís para nada, no ya á vuestra patria sino á vuestra familia: luego sois inútiles y sois un estorbo á los que trabajan, pues éstos tienen que manteneros; y o que es inútil ó estorba, se tira.

A trabajar, pues, frailes, monjas y jesuitas, á trabajar. Ó si no, fuera con ellos; echémosles de nuestro lado, no sin antes marcarles con el denigrante puntapié.

LA VOZ DE LA VERDAD

Divorciémonos, Paco. Tú nunca me has querido de veras. Me pretendiste por ambición; me cortejaste por interés. No te atraieron mis encantos, sino mi dote. Por dicha, nuestra unión ha sido platónica. Ni un momento me has sido fiel; Tú intentas ganar con mi prestigio lo que yo pierdo con tu descrédito. No me conviene. Divorciémonos.

Y una vez decidida á romper el vínculo aparente que nos unió, en prueba de que no te guardo rencor, voy á hacerte por despedida el presente de algunas advertencias, amargas sí, pero saludables como tónicos.

Paco, tú no tienes talento. Un poco de erudición arcaica, cierto aire de picapleitos, una habilidad demasiado ponderada de pinchar á los adversarios desde la tribuna, han podido ilusionar á ti y á otros acerca de tus capacidades. Puesto á prueba, resultaste huero. Lo que Cánovas decía de ti, movido por su despecho, era una verdad grande como el San Pedro de Roma. No comprendes, no te enteras. No conoces los hombres ni las cosas. Todas tus «estrategemas» salen fallidas. Ni aun como sofista, resultas.

Paco, tú no tienes carácter. No sabes querer, no sabes perseverar. Caminas como la hoja seca, á impulso de todos los vientos. Los otros tiran del hilo y tú te mueves. Eres lo anodino, lo indiferente, el cero absoluto, el «punctum caecum» de la voluntad. Adoleces de la «abulia» que es inseparable del escepticismo. No creyendo en nada, á nada te resuelves. En el hielo de tu alma quedan yertas las decisiones.

Paco, tú no tienes prestigio. No has conseguido que nadie te tomara en serio. Tu jefatura, fruto de azar, parece á todos guasa viva; Villaverde te tiene metido en un zapato; Pidal se te sube á las barbas; Tetuán se hembra contigo; Sagasta te siente compasión; Martínez Campos paternalmente te ampara. Hasta tu propia mayoría se rie de ti. Cuando transiges, nadie lo agradece. Si avinagras el gesto, y alzas el gallo y ahuecas la voz para remedar el bronco acento de Narvaez, floja es la «juerga» que aquí se arma.

Tú no eres un gobernante serio, Paco. Has hecho lo que todos, sólo que peor. Fuiste un Catón hablando del sentido jurídico. Fuiste un Darwin de la pureza administrativa predicando la selección moralizadora. Fuiste un Scévola y un Kosciuszko prometiendo dejar carne y piel en las zarzas del ideal para la regeneración de la patria. Parecías un hombre á la moderna y has resultado antiquísimo. Halagaste por medrar á las clases neutras, para darles luego un puntapié. Te conchavaste con Polavieja para echarle la zancadilla. Anduviste á partir un piñón con las Cámaras de Comercio y después las mandaste á paseo. ¡Que vulgaridad! Pero, hombre, ¡si eso lo había hecho ya aquí todo el mundo! Ni siquiera has sabido elegir el momento y comprender que no estaba ya el horno para tafetanes. Y así de estrategia en estrategia, has venido á caer en el gran descrédito en que yaces.

Mira, Paco, lo primero en este mundo es conocerse. No hay que estirar las piernas más allá de donde alcanza la sábana. Un cómico de la legua no debe meterse á desempeñar el papel de Hamlet. El más excelente partiquino se lleva una silba si se pone á cantar la partitura de Raúl de «Los Hugonotes». Así te está pasando á ti, por no haber medido tus fuerzas. Pudiste ser un buen abogado, un director pasadero, y hasta si se quiere, un parlamentario entrometido y habilidoso. ¿Quién te metió á ti, criatura, á oficiar de estadista y remedar la figura de esos grandes hombres que han salva-

do su patria en las supremas crisis de la vida nacional? ¿Qué enemigo ha podido persuadirte de que eres tú de la talla de los Bismarck, de los Cavour, de los Gladstone, de los Thiers, ni siquiera de las infinitamente más modestas de los Mendizábal y Cánovas? Lee el Evangelio. Paquito, y allí verás que por mucho que te esfuerces y acongojes nunca lograrás añadir un codo á tu estatura.

Por tu bien, por el bien de la patria, yo te lo ruego, Paco: vete. No remediarás el mal causado. Nadie se librará de la pateadura que la historia te reserva. No podrás devolver á España el año que le has hecho perder. Pero reconociendo tu fracaso, alcanzarás un poco de indulgencia. Y las gentes dirán de ti que si presumiste demasiado de tus medios, si incurriste en pecado de vanidad, al menos no perseveraste obstinadamente en el error. Por tu bien y por el bien de todos, vete, Paco, vete.

ALFREDO CALDERÓN

La República española

JEFES Y SOLDADOS

No tenemos que quitar ni una letra del artículo anterior «A la fusión republicana.»

Antes al contrario, tenemos que recargar sobre el mismo tema, ya que es una cuestión de vida ó muerte para los que por espacio de tanto tiempo hemos consagrado todos nuestros esfuerzos al imperio de la República española.

Andar errantes y fugitivos y siempre defendiéndose de enemigos poderosos; hacer frente á las perfidias de esos miserables que nos acechan para echarnos encima todo el peso de sus leyes especiales; sufrir con evangélica mansedumbre persecuciones de toda clase, y tener la seguridad de que sólo á la indolencia de todos, y muy especialmente á la de los de arriba, se debe el que continuemos por el desierto de nuestras peregrinaciones sin aspirar por ningún rumbo el céfiro que anuncia la proximidad del oasis salvador, cosas son que no se avienen con nuestro temperamento; que no deben avenirse á ningún temperamento verdaderamente republicano.

Y no se pretenda que nos hallamos mal en la oposición; no se atribuya nuestra actitud á la determinación de que pretendamos girar en determinado sentido, evolucionando hacia donde se fabrican las mercedes.

Antes al contrario, mueve nuestro ánimo el propósito acabado y la seguridad que tenemos de morir en la República, legando á nuestros hijos, si quiera no sea otra cosa, una vida de consecuencia en los sagrados ideales que hacen al alma humana capaz de los mayores heroísmos y fuerte para ser el blanco de las iras de esos que hicieron de los principios políticos el picadero de nuestros derechos.

Veinte años luchando en pró de los ideales republicanos; veinte años haciendo pública ostentación de nuestras creencias y convicciones republicanas, sin importarnos un quilate los sufrimientos de todas clases que nos eran consiguientes; ese período de tiempo en que hemos hecho esfuerzos superiores á nuestros medios, por más que sabemos que nada valen por ser nuestros, nos dan por lo menos títulos para poder exponer con entera claridad y franqueza nuestro modo actual de pensar.

Pero cuando nada significa esto y tampoco nuestra vida en el partido republicano y en la prensa del mismo, sepáse de ahora para siempre que antes perderemos la vida mil veces que dar un paso atrás.

Entiéndase que los niños que entraron en el partido republicano y en él han pasado su juventud, no aspiran, si son honrados, no aspiran sino á morir en su seno; á descender por el camiuo de la vida envueltos

entre los pliegues de ese preciado manto de belleza que cual emblema pudoroso cubre la sagrada efigie de la República que ha de irradiar por todas partes las excelencias de su espíritu.

Y por eso, porque tenemos amores tan sinceros á esa forma de gobierno, porque queremos mucho la dicha de la patria, y porque tenemos la más acabadada seguridad de que ésta es consustancial con la República, por eso hoy decimos á esos líderes que rigen los destinos del gran partido republicano: ¿qué hacéis en estos momentos tan críticos como solemnes para España?

¿Habéis de perder el tiempo en recordar el pasado, cuando una organización del presente asegura el triunfo del mañana, de ese próximo mañana que para todos albordea en el risueño horizonte de un sacudimiento nacional?

¿No véis como hacen leña en vuestro bosque?

Más claro: ¿creéis que va á tardar mucho tiempo, si continuáis sin romper el hielo de esa glacial indiferencia que os caracteriza, creéis que va á tardar mucho tiempo en iniciarse una desbandada en vuestras filas?

¿Qué hicisteis, os dirá después la patria, de aquellos medios que puse en vuestras manos para que labráis mi felicidad?

Ha llegado, no es posible dudarlo, ha llegado el preciado momento de deponer y orillar todo en aras de la patria.

Ha llegado ese período de transición que se registra en la historia de todos los pueblos.

En esa mendiga que merodea y que cede á todas las imposiciones, por onerosas que parezcan; en esa viajera desvalida y haraposa que apenas tiene aliento para dar un paso más, tenemos que reconocer á nuestra madre España.

Vivifiquémosla con nuestro aliento y sostengámosla en nuestros brazos vigorosos; rasguemos las sombras de su alma y rompamos los girones que cubren su cuerpo.

Fuera rencillas personales; á formar hoy mismo un solo partido republicano para el fin de devolver la vida á España restaurando la República.

Todos á un programa de gobierno republicano que salve el honor y la hacienda de los hijos, produciendo la vida digna de la madre.

Y cuando hayamos convenido todos en los medios de acción; cuando alcemos la piqueta para dar el golpe unánime; cuando el hacha de las iras populares separe las cabezas que presenciaron sonriendo nuestra ruina, y formemos con ellas un racimo para enseñanzas ejemplares, digamos todos, jefes y soldados: «¡Por España; por nuestra madre!»

COSAS DE JUSTICIA

Según tenemos oído, se vá á interponer un recurso de queja ante el señor ministro de Gracia y Justicia contra el proceder de la sección primera de esta Audiencia en un recurso de apelación.

Como los antecedentes de la queja y los fundamentos en que se nos dice ha de basarse son sabrosísimos, vamos á hacer un poco de historia con el objeto de demostrar una vez más al señor Sánchez Cabo su incompatibilidad moral para administrar justicia, sino quiere que las gentes duden ó sospechen de su intervención en los asuntos litigiosos. Primera parte de la historia:

D. Manuel Pinto, vecino de Sanmorales, presentó en el Juzgado de esta capital una demanda de interdicto de recobrar contra Pedro García Pinto: en nombre del demandado compareció á contestarla como procurador con poder bastante D. Cipriano Durán, tío del señor Sánchez Cabo; sustanciose hace tiempo el interdicto, pero todavía sigue á estas fechas el Sr. Durán representando á D. Pedro García Pinto en una tercera originada ó proveniente de la ejecución de sentencia de aquellos autos.

Segunda parte de la historia:

D. Cipriano Durán, tío del señor Sánchez



Cabo y apoderado de D. Pedro García Pinto, presentó hace un año próximamente una denuncia contra Francisco Pinto, hermano de D. Manuel antes citado, y en virtud de esa denuncia se instruyó sumario, se procesó al D. Francisco y se dictó auto abriendo el juicio oral en la causa, auto que suscribió como magistrado, el sobrino carnal del denunciante, señor Sánchez Cabo.

D. Manuel Pinto, el mismo de que antes hacemos referencia, después de presentada la demanda interdictal fué denunciado también por el poderdante del señor Durán, D. Pedro García Pinto, y también fué procesado y también el señor Sánchez Cabo firmó la apertura del juicio oral en esta causa.

Tercera parte de la historia:

Después de todo esto, D. Manuel Pinto en, nombre de los vecinos del pueblo de Sanmorales presentó una denuncia por falsedad contra Pedro García Pinto, el poderdante del señor Durán y otro: el Juzgado denegó su procesamiento y el señor Pinto, parte en la causa, apeló del auto denegatorio ante la Audiencia. Remítense los antecedentes á la superioridad, señalase día para la vista, se celebra ésta, y siendo ponente D. Lisardo Sánchez Cabo, sobrino carnal del apoderado de uno de los denunciados, y procurador contrario y denunciante de D. Manuel Pinto, se dicta auto de no ha lugar al procesamiento.

Ante semejantes hechos, el letrado de D. Manuel Pinto hace muy bien en entablar la queja contra esta última resolución, pues hora es ya que el Gobierno y el señor Sánchez Cabo se convengan de que se prestan á comentarios la sentencia de un magistrado que falla donde tiene intereses morales y materiales que le ligan.

A los estudiantes portugueses

Salud, estudiantes portugueses. EL COMBATE os saluda y hace votos porque en vuestros corazones no se extinga jamás el cariño que demostrais á esta Nación hermana, tan desgraciada y pobre como la vuestra, por ser las dos feudos de odiosas tiranías.

Jóvenes hoy, mañana quizá seréis los llamados á regir los destinos de vuestra patria.

Pues bien; en vuestros alegres viajes, estudiad y reflexionad un momento lo que son las naciones, que, como las nuestras, sienten el yugo de las monarquías.

Vuestra querida patria vive esclava de una potencia europea insaciable y soberbia cual ninguna y que al presente recibe el merecido castigo á que es acreedora por su desmedida altivez é injustas pretensiones de erigirse en reina del mundo; y para que su altanería resulte más castigada, no es otra nación la que le hace frente, sino un pequeño Estado, una pequeña República, un puñado de hombres que llevando por escudo la razón de su causa y por lema la santa libertad é independencia, enseñan al mundo entero cómo se pelea cuando en la bandera del combate se ostenta el hermoso lema republicano; cuando así se lucha podrá uno ser vencido, pero no humillado y siempre haciendo pagar muy cara la victoria al enemigo.

La nuestra, ó sea esta querida España, que hoy vosotros visitáis, sigue el mismo camino; está reducida á sus fronteras; apenas le queda un pedazo de tierra allende los mares donde izar su bandera y hoy vive despreciada y olvidada por las potencias, que en otros tiempos nos miraban con respeto.

Pero, en cambio, observad á la otra hermana nuestra, á la republicana Francia, y veréis que á pesar de los esfuerzos de sus enemigos, vive próspera y feliz y haciéndose respetar en cuanto vale por las demás naciones.

¿Qué enseñanza se deduce de este ligero parangón?

Sencilísima y de incuestionable verdad. Naciones en que el jefe del Estado no depende de la elección del pueblo, sino del azar del nacimiento, son naciones sin fe, sin entusiasmo y sin vida, son naciones muertas.

Pues bien, jóvenes portugueses; que seais los hombres de mañana formando la avanzada de la República portuguesa, para que, instaurada también en nuestra España, podamos, puestos de acuerdo con la querida convectiva Francia,

darnos un fraternal abrazo, y al sacudir el yugo que nos ahoga, gritar con todo el entusiasmo: ¡Viva la Federación Ibérica!

EL CAMINO

En las cortas líneas que me propongo escribir; en las ideas y en los conceptos que verteré en estas mal usadas y peor aprovechadas cuartillas, no busco una celebridad que me haga inmortal, por haber resuelto un problema, que al fin y al cabo, grabado se halla en los cerebros de todos los ciudadanos que componen la unión democrática en España, y, es entre ellos, valgame la frase, el punto de mira para la realización de sus fines políticos. Tan sólo busca este humildísimo y resuelto partidario de la idea republicana, palabras con que expresar la manifestación sincera de adhesión en favor de la idea que substancialmente contenía la carta que se leyó en el banquete celebrado el 11 de Febrero (y después publicada en EL COMBATE) para conmemorar la proclamación de la República española.

Ilustración: he aquí el gran problema que se ha de resolver para que la República triunfe.

Discurramos. Si «los pueblos ignorantes son patrimonio de las monarquías absolutas», la ilustración, por el contrario, lo será de los gobiernos que expresen democracia pura.

¿Por qué? He aquí la cuestión.

Un hombre que se sobrepone a los demás por su talento, por su ilustración y no solamente ocupa el puesto más elevado de la escala ascendente de la ilustración sino que está siendo propiedad exclusiva de él y del número, naturalmente reducido de los suyos, procura por todos los medios, por decirlo así, monopolizarla, para que nadie pueda alcanzar una ilustración capaz de poner en peligro su poderío.

He aquí la razón del absolutismo.

Por el contrario, un pueblo que, viéndose ilustrado, deduce allí, en su inteligencia y por medio de los conocimientos que posee, los derechos que le asisten, no ya de la igualdad de la especie humana, sino restringiendo la idea y concretándonos a considerarle como miembro ó ciudadano de una nación que exige de él obligaciones que cumplir, discurre y deduce allí en su inteligencia, digo, que por consecuencia debe tener derechos que disfrutar. Por otra parte, si él se siente capaz de sacudir el yugo del opresor implícitamente se hace acreedor al pleno disfrute de todos los derechos soberanos que van anejos á la independencia que conquistó.

Y para obtener este resultado, ¿basta únicamente la unión de la fuerza material de todo un pueblo que quiere ser independiente, sin contar con mas elementos que sus brazos?

Discurramos por segunda vez.

Considerando que la necesidad se impone, que cuanto antes rijan nuestros destinos un gobierno democrático, el empleo de la fuerza material, prudentemente usada, daría un resultado práctico, no para implantarse de lleno la república, si bien dirigirla ó enlazarla a estirpar los elementos malsanos que evitan el crecimiento de la ilustración popular, ó destruyen las sendas ó caminos, construídos para obtener resultados beneficiosos en este sentido.

De esta manera empleada la fuerza material vendría como consecuencia la construcción de anchurosas sendas que conducirían al pueblo a lo apetecido en el orden intelectual; y un pueblo fuerte física é intelectualmente, pediría y obtendría sin ninguna ó muy leve oposición la independencia plena.

F. ALONSO Y H.

A los labradores de Castilla

Con atento B. L. M. del autor hemos recibido la presente circular que apesar de haberla publicada nuestros colegas locales, no dudamos el reproducirla hoy en EL COMBATE por que conociendo personalmente á su autor no podemos dudar de la sinceridad y energía que se desprende de su simple lectura.

Elegido por vuestra bondad en la Asamblea de Valladolid como uno de los delegados agrícolas en la Comisión Permanente de la Unión Nacional, me dirijo hoy á vosotros para completar la obra de organización comenzada en la circular de la Permanente, que supongo conoceréis todos.

Bien debéis penetraros de lo que en ella se dice; las clases industriales y mercantiles de la Nación, las más ricas y las más organizadas, no solo no desdeñan, sino que solicitan y buscan á las clases agrícolas, las más pobres y las más descuidadas; se interesan por sus males y piden expresamente para ellas remedio. A esta circu-

lar siguen las *Declaraciones* de la Asamblea de Valladolid en materia agraria. Leedlas y decidme si con que consiguiéramos siquiera la mitad de lo que en ellas se pide no nos daríamos por contentos.

Pero es preciso, labradores, que por nuestra parte ahora hagamos lo que es para nosotros un deber, en bien de España, primero; en provecho de nuestros mismos intereses despues; organizarnos y unirnos, prestar nuestro apoyo resuelto hasta donde haga falta, á la Unión Nacional que va contra la vieja política y la torpe administración que nos ha engañado y nos ha empobrecido. Sin organización y sin unión nada haremos más que servir de escabel á unos cuantos personajes que á temporadas se acuerdan de la agricultura, cuando nos necesitan para sus intereses políticos. Así llevamos muchos años, con tributos enormes; sin enseñanzas, para el labrador y para el obrero; sin riesgos ni instituciones de créditos agrícola; víctimas de un caciquismo que sólo nosotros sabemos hasta dónde llega, en plena Europa y á fines del siglo XIX.

No hagais caso de algunos Centros de grandes capitales, que se llaman Centros de labradores y no son más que Círculos de recreo ó asociaciones políticas. Ni tampoco de ciertos periódicos de gran circulación que se titulan independientes y, como quieren carteras para sus directores, cuando llega una votación difícil para el Gobierno, se abstienen en el Congreso, sin perjuicio de decir al día siguiente que es una lástima que el país no haya triunfado. Unos y otros son los que predicán desconfianzas y separaciones entre las clases productoras y contribuyentes, porque saben que divididos nada haremos y que juntos seremos dueños de conseguirlo todo, porque somos los más; y ya va siendo hora de que la voluntad nacional resulte una verdad y no haga de nosotros lo que se le antoje una minoría de gentes que ni tienen fé en el país, ni les importa que nosotros no lo tengamos en ellos, mientras amigablemente vayan repartiéndose distritos y carteras, entre un mar de promesas que jamás se cumplen.

Dejaos de lamentaciones en el casino ó en la cocina, al amor de la lumbre, que así no se remedia nada. Moveos como hombres que quieren mejorar de situación, porque lo merecen. No gasteis el tiempo, la salud y el dinero, en luchar unos contra otros por servir á un cacique contra otro cacique, que siempre suelen apadrinar á los peores. Unios todos y emplead vuestros esfuerzos y vuestro sacrificio, si llega el caso, en bien de España y en beneficio de la agricultura, que es el pan de cada uno.

Que cite el más anciano, para evitar piques personales, á una reunión. Leed allí esta modesta circular y explicad los más ilustrados al último obrero agrícola lo que la Unión Nacional quiere y desea. Imitad á esta, donde figuran hombres de todas las ideas, desde federales rabiosos hasta aristócratas de cepa. Cada uno hemos dejado la República ó la monarquía, el mote y los pergaminos, en nuestra casa para pensar sólo en que somos españoles y que el Programa de Zaragoza es el Programa de una España más honrada y más rica. Nombrad de entre vosotros un Sindicato, compuesto por lo menos de cinco individuos, y juntad en él á los hombres de mas posición con los de mas voluntad y remitid á Valladolid, al secretario de la Comisión Permanente de la Unión Nacional, los nombres y un acta de reunión. Así iremos sabiendo cuantos somos y podremos estar en comunicación.

La Asamblea de Valladolid, bien lo saben cuantos asistieron á ella, fué un espectáculo hermosísimo, jamás visto en España. Viendo aquél cuadro se comprende que aún queda aquí algo para salvarnos. Pero si después de ella nos estamos quietos, esperando á que nos traigan a casa la salvación del país, no vendrá nunca. Lo que es Madrid oficial no viene, por mucho que supliquemos y roguemos. Ya veis el caso que nos han hecho. Se leen las sesiones de Cortes, y con excepción de algunas personalidades, los demás parece que creen que aquí no ha pasado nada. Se habla y se gobierna como antes de que nos llevarán a morir los hijos en Cuba y Filipinas. Se declara libres de impuesto las mesas de billar en que se divierten los ricos y al otro día el Gobierno hace cuestión de gabinete que los pobres paguen mas consumos. Y despues de mucho hablar, los diputados lo aprueban y os lo haran pagar como mansos corderos. Si indicamos algo que signifique defensa del dinero contribuyente contra el derroche y la injusticia nos amenazan con el Fiscal del Tribunal Supremo. Y si nada hacemos en el terreno de los hechos, se rien de nosotros, dicen que este es un movimiento superficial y sólo se cuidan de ponerse de acuerdo unos con otros, entre los bastidores. Y aquí, donde se escribo que sería atentar á altas prerrogativas el que cayera un Gobierno porque lo pida el país caen y se levantan todos por la voluntad ó las necesidades de unos cuantos personajes y sus tertulios.

Labradores; hay que concluir con esa política vieja y desacreditada Unión y organización; añ teneis la receta. Os lo dicen un labrador ya anciano labrador «de véras» que ha vivido siempre al lado de sus terruños, en un modesto pueblo de la provincia de Valladolid: en Casasola de Arión. Soy ya viejo y nada os he de pedir ni nada busco. Pero no quisiera morir sin ver el principio de la regeneración de mi España y de mi Castilla.

Labradores: a todos os llama, os solicita, os busca la Unión Nacional. Y hoy, modestamente, en su nombre.

CELESTINO RICO.

Casasola de Arión (Valladolid) Febrero 13 de 1900.

Verde y azul

El contatista de los puestos públicos se ha llamado andana y dejado al Ayuntamiento vestido y sin novia, ó lo que es lo mismo, con depósito pero sin dinero.

Pues según parece resulta que adeuda al Ayuntamiento bastante mas cantidad que á la que asciende el depósito en garantía del contrato.

Y ahora preguntamos nosotros:

¿Quién va á ser el responsable de este punible abandono de no exigir en tiempo debido al contratista el ingreso de las cantidades que adeudaba?

Legalmente ya lo sabemos, pero si moralmente resulta culpable alguien más, deben los señores concejales exigirla responsabilidad á que se haya hecho acreedor por su culpa ó negligencia.

Estaremos sobre la pinta de este asunto y no comentaremos que por parte de nadie se procure enterrarlo, pues si así sucede separaremos la tierra que sobre él se haya echado y lo dejaremos al descubierto.

Todo, menos el consentir que el Ayuntamiento se quede sin lo que le pertenece.

Y ahora otra preguntita que se nos pasó en el otro número.

¿Quién informó á EL Adelanto tan exactamente de las cuentas de la tahona antes de que el Ayuntamiento entendiera de ellas?

Por que además de ser extraña tan buena y prematura información, fue una rara coincidencia que se publicara el mismo día en que se había de tratar el asunto *baladí y de poca monta* á que se refirió uno de nuestros artículos de hoy.

Bien dice el refrán... «el que esta al lado de la cabra, etc. etc.»

Para gracioso, lo sucedido, según la prensa, á unos peregrinos franceses.

Llegaron mis hombres á Italia y cuando más contentos estaban por encontrarse cerca del desgraciado *Prisionero*, hute aquí que les salen al encuentro en la frontera los encargados de este servicio y les dicen que sin la presentación de la certificación de estar vacunados no pueden pasar.

Bien lo entiende el gobierno italiano; sabido es que los *borregos* y demás clase de *ganado* propagan las epidemias de una á otra nación, cuando se le deja libre la entrada sin sujetarlo á patente limpia.

Se dice que un concejal, que en esta última época no recibe más que desaires de la mayoría de sus compañeros, se propone descubrir todo lo que haga en el Ayuntamiento, de ilegal ó injusto, despechado sin duda por la conducta que con él se sigue.

Duro y á la cabeza, y á ver que teja lo se rompe primero.

Por que hay algunos... muy vidriosos.

La prensa nos da cuenta de que en las escavaciones hechas en algunas calles de París, se han encontrado bombas de dinamita, como las empleadas por los anarquistas.

...¡Pues es claro, hombre!...

A expulsión de frailes, lombitas en puerta, ya se sabe.

El día que España despierte, y volviendo de su acuerdo decrete la expulsión del nublado que clandestinamente ha hecho su irrupción por esta noble nación han de resultar bombas ó bombones por todas partes donde haya fijado su planta maldita esa raza de zánganos que está consumiendo la savia que el pobre pueblo necesita para su propio sustento.

En los pasillos del Congreso se ha expresado la creencia de que el gobierno llegará á una transacción con las minorías para aprobar los presupuestos y cerrar las Cortes.

La base de este acuerdo será el voto particular de las minorías de la comisión de presupuestos al articulado, renunciando el gobierno á las autorizaciones, y prometiendo la reorganización de los servicios.

Se aplazará hasta mayo la discusión de los proyectos de impuestos sobre los al-

coholes, conversión de las deudas y arreglo de las clases pasivas
 ¡Pero cuánta farsa, Dios mío!...
 Si ya el pueblo no tiene fe en las minorías ni en las mayorías, porque está firmemente convencido de que todos son unos, ¿a qué andar en ese vergonzoso juego, en el que sólo se disputa la inversión del oro del contribuyente?

Sección de noticias

Hoy, en el tren de las diez, saldrá la Estudiantina portuguesa para Valladolid, de donde regresaron el miércoles directamente a su patria.

En la semana pasada fué visitada nuestra redacción, por la rondalla «Hijos del Trabajo.» Nos hicieron pasar un delicioso rato con la interpretación esmerada de algunas piezas de su vasto repertorio, y estamos seguros de que toda Salamanca escuchará con gusto la interpretación magistral que da la simpática rondalla a todo su programa.

Felicitemos a estos modestos hijos del trabajo, amigos inseparables nuestros, y en especial a su director, el inteligente y simpático Eloy, como a su digno presidente Sr. Millan.

Hemos recibido la visita de la revista que en esta capital escribe nuestro buen amigo. Isidro López, Inspector regional de la floreciente Sociedad Unión Ibérica.

No crea nuestro amigo que el no habernos ocupado antes de ella, obedece a que nosotros posponemos todo a la política, no que él sabe cómo se confecciona nuestro semanario y muchas veces no podemos ocuparnos de todo cuanto deseáramos.

Para EL COMBATE, no le es indiferente una sociedad que, como la Unión Ibérica procura hermanar los intereses del comerciante con los del comprador, dando a éste una utilidad sobre las compras hechas durante cinco años, que es una verdadera caja de ahorros; pero con la ventaja de que en ésta nadie puede ser engañado, pues a ningún asociado se le exige nada más que buena fe y esperanza en la virtualidad de la Asociación, argumento que por sí sólo contesta a todas las suspicacias que la envidia ó mala intención podía crear contra referida Sociedad.

Nuestra enhorabuena al infatigable amigo, y no desmaye un momento, que suyo sera el triunfo, pues, siempre la verdad se impone.

En esta redacción hemos recibido una colección de libros de la biblioteca de El Motín, que

nuestros amigos pasan al precio de la carta parte de precio que marca en su cubierta.

Esperamos ser favorecidos por nuestros correligionarios, a quienes se le presenta ocasión oportuna de leer, por insignificante cantidad, obras de reconocido mérito.

Con el título *Pensamientos*, originales del fecundo sociólogo, D. Ubaldo Romero Quiñones; se han publicado en un tomo esmeradamente impreso, cuya profundidad y valentía han de llamar la atención, de cuya obra nos ocuparemos como se merece

Cosas Literarias y Artísticas

EXAMEN DE CONCIENCIA

La escena representa el dormitorio del vizconde de Tres Estrellas. Este buen señor, que tiene el rostro desecado y amarillento, se halla en cama. Después de muchas horas de insomnio ha conseguido dormir, pero su sueño no es reparador, sino agitado. Las diferentes partes que componen su ser han entablado una conversación que va animándose por momentos y que es seguro terminará en violenta disputa. Es una especie de drama de familia que se desarrolla en el interior de aquel organismo. Oigamos lo que dicen los personajes:

El cerebro.—¡Ya sabía yo que esto había de acabar así! (Oyese un ligero tumulto.) Sí, esto había de acabar del modo que acaba, y hace ya tiempo que se lo venía diciendo a todos: ¡ustedes van a acarrearle una gravísima enfermedad! (El tumulto sigue en creciendo.) Pueden ustedes prestar todo lo que gusten; no por eso dejaré de decir la verdad. Nuestro infortunado dueño, el vizconde de Tres Estrellas, está enfermo, gravemente enfermo. Tal vez sea ya imposible su curación.

El estómago.—¿Qué es lo que dice el vecino del último piso?

El cerebro.—La viz de la sabiduría siempre fué desolada por los estúpidos.

El bazo.—¡La sabiduría!... ¡Buena está la sabiduría de usted!

El hígado.—E es sabio es el que tiene la culpa de todos nuestros males.

El cerebro.—¿No?

El hígado.—Sí, usted; desde la mañana a la noche, hace usted otra cosa que amontonar cifras, buscar combinaciones, proyectar negocios...

El cerebro.—¡Naturalmente! Es necesario ganar dinero.

El estómago.—He ahí una necesidad. ¡Ganar dinero! ¿Acaso es una razón para privarnos del descanso, para someternos a grandes torturas y para hacer que caminemos todos a nuestro fin en gran velocidad?

El cerebro.—Usted es el que menos debe hablar, gastrónomo abominable, porque es usted el que más culpa tiene de lo que ocurre. Las trufas y el champagne han causado a nuestro dueño más insomnios que sus preocupaciones, las cuales, si quiera, son de interés general, porque...

El estómago.—Dispense usted que le interrumpa. Estamos reprochándonos nuestras faltas, y hay otros que las han cometido mayores y permanecen callados. El corazón, por ejemplo, es más culpable que yo.

El corazón.—¿Qué se ofrece?

El estómago.—Sí, es mucho más culpable. El pobre tonto creía ser amado y se inflamaba en cualquier ocasión y por cualquier motivo, por insignificante que fuese. Era curioso oírle suspirar ¡por los cuarenta y ocho años!...

El corazón.—Usted no sabe lo que es sentimiento; es usted muy positivista.

El estómago.—Y usted muy necio, puesto que no llegó a comprender jamás que las miradas y las sonrisas que le habían movido e apresuradamente no iban dirigidas a usted, sino al bolsillo de nuestro amo.

El corazón.—¡Eso es mentira!... ¡Es usted un difamador!

El cerebro.—El estómago dice la verdad. Se han burlado de usted y le han explotado miserablemente. Todo lo que yo ganaba se gastaba en locuras engendradas por el sentimentalismo.

El corazón.—Bueno; aun suponiendo que yo haya cometido errores, siempre tendré la satisfacción de decir que no han sido tan grandes como los de usted, que se ha equivocado infinidad de veces en sus cálculos y embrollos de Bolsa...

El cerebro.—Permítame usted...

El corazón.—Tengo muy buena memoria, a Dios gracias, y no estaba tan embrutecido por el amor que dejase de notar sus equivocaciones. Acuérdele usted del último negocio desgraciado, el negocio de los botones, que tan grandes pérdidas ocasionó a nuestro dueño... ¿Qué sabe si será ese el origen de la enfermedad que le tiene postrado en el lecho del dolor?

El cerebro.—Puesto que saca usted a relucir los recuerdos, acuérdele usted a su vez de aquella falsa condensa, por la cual estuvo usted inflamado una porción de meses.

El corazón.—¿No?

El cerebro.—Sí, señor, usted, que se figuraba estar latiendo al compás del corazón de la aventurera, y que quiso obligar al vizconde a que se uniese a ella con los indisolubles lazos del matrimonio. ¡Buen chasco se llevó usted cuando supo que la enamorada condensa había huido en visperas de la boda, llevándose los valiosos regalos que nuestro dueño le hizo!

El estómago.—Las consecuencias las sufrí yo. En los ocho días siguientes al de la escapatoria, apenas me dieron alimento.

El corazón.—¿Y el asunto de los terrenos del cerrillo de Montmorbre, que pretendía usted convertir en nuevo Tivoli? ¡Vaya un proyecto descabellado!

El cerebro.—¿Y aquella melancólica vieta que?

El pulmón.—¡Ja, ja!...

El cerebro.—¿Por qué se ríe ese caballero? Nos ha hecho a todos bastante daño, y la delicadeza debía impedirle...

El pulmón.—¿Hablaban usted conmigo?

El cerebro.—Sí, señor; si usted no hubiera respirado aire mofético en los cafés y en los teatros de última categoría...

El pulmón.—Yo no fui a esos sitios por mi gusto. Usted me llevó a ellos.

El cerebro.—No es verdad; ciertos espectáculos nada tienen de agradables para la inteligencia.

El estómago.—Ciertamente; sólo se trataba de agradar a los ojos, que tienen un gusto depravado.

Los ojos.—No hubiéramos nosotros deseado ver ciertas cosas, si el estómago no nos hubiese excitado con sus intemperancias cotidianas.

El cerebro.—En eso hay algo de verdad...

El corazón.—Tiene intención la respuesta.

El hígado.—Muchísima intención.

El estómago.—No me asustan ustedes, aunque se declaren todos en contra mía. Tengo fuerzas para contestar.

Todos.—¡Qué descaro! ¡Se atreve a defenderse! (El enfermo da algunas sacudidas y se queja.)

El cerebro.—Están ustedes aumentando la gravedad del mal de este hombre.

El estómago.—No importa; yo necesito justificarme. Se me han reprochado mis defectos, pero nadie ha dicho una palabra del origen de ellos.

El corazón.—¿El origen? ¡La glotonería!

El estómago.—Falta usted a la verdad. Esa glotonería es la necesidad de sofocar las ridículas penas de usted.

El cerebro.—Muy bien dicho.

El estómago.—Al cerebro debo manifestarle que he servido muchas veces de contrapeso a sus tonterías.

El hígado.—¡Esto va bien!

El estómago.—Hubiera yo podido digerir mucho mejor si las piernas hubiesen hecho ejercicio.

Las piernas.—Lo hubiéramos hecho, pero usted nos lo impidió al proporcionarnos la gota.

El estómago.—El origen de la gota fue la pereza. ¡Siempre querían ustedes ir en coche!

El cerebro.—Estoy convencido de que el estómago ha sido nuestro enemigo más formidable.

El estómago.—Lo ha sido el corazón.

El corazón.—Yo no; el pulmón.

El pulmón.—¡Protesto!

(La agitación del enfermo aumenta.)

El cerebro.—Observo, señores, que no se acuerdan ustedes de la boca.

La boca.—¿Y por qué se han de acordar? ¿He hecho yo algo que merezca censuras?

El corazón.—Sí, señora; chupar continuamente el cigarro, cuyo humo embrutece.

La boca.—La mano me obligaba a ello.

La mano.—Yo no hacía más que obedecer las órdenes que el cerebro me daba.

El cerebro.—¡Tendría gracia que me hicieran ustedes responsable!...

El estómago.—¿Y por qué no? La mano dice la verdad.

Todos.—Sí, sí... dice la verdad.

El cerebro.—¿Qué significa esto? ¿Se coligan ustedes contra mí?

El estómago.—Sí, señor; para que se le quite a usted el feo vicio de dirigir cargos infundados a los demás.

El corazón.—La verdad es que todos somos culpables.

Unos.—¡Sí!

Otros.—¡No!

El corazón.—No hay que ser hipócritas. Que confiese cada cual que se ha dejado arrastrar por sus instintos... ¡Y se acabó la cuestión!

El cerebro.—Yo declaro que no soy perfecto...

El estómago.—¡Es tan agradable una comida succulenta!...

El corazón.—¡Son tan seductoras algunas mujeres!...

El cerebro.—Si alcanzáramos la dicha de volver a funcionar perfectamente...

El estómago.—Haríamos lo posible para no reincidir en nuestros desaciertos.

Las piernas.—¡Arrepentimiento tardío!

Un criado (entrando).—Señor... señor. El médico acaba de llegar.

El enfermo (despertando sobresaltado).—¡Oh, qué sueño tan horrible! Soñaba que me conducían al cementerio.

El cerebro.—Silencio, señores, vamos a escuchar nuestra sentencia.

El doctor (en tono jovial).—Eso no es nada, hombre, eso no es nada... ¡Dentro de un par de días, a la calle!

El alma (aparte).—¡H error! ¡Estamos perdidos!

PIERRE VERON

SALAMANCA: IMPRENTA DE El Combate

FOLLETON DE «EL COMBATE»

Pobres Jesuítas!

(CONTINUACIÓN)

Mas debe hacerse la justicia de creer que si la lectura de leyendas le dió nociones poco exactas, no tuvo otro motivo que la salvación de almas. Llevó a su Instituto las ideas en su tiempo dominantes respecto al poder absoluto de los Papas; pero no dejó las terribles consecuencias que otros sacaron después.

Lainez, que sucedió a San Ignacio, y Aquaviva, que después de Everard, reemplazó a San Francisco de Borja, cambiaron, ó por mejor decir, corrompieron las tendencias de la «Compañía», de la cual, tal como ha existido y existe en nuestros días, deben considerarse fundadores más que el mismo San Ignacio. «Fue Lainez un religioso cortesano, General por la intriga, y semipelagiano por principios.

«Pertenecía Aquaviva a una familia de la nobleza napolitana, y educado, como Lainez, en la grandeza de la corte pontificia, no se sintió dispuesto a imitar la sencillez de San Ignacio.

«Estos Generales formaron y establecieron el plan del imperio de la «Compañía», tomando por modelo el de la Iglesia romana, que tenían a la vista, creando así una Iglesia dentro de la otra, que tarde o temprano debía ins-

pirar celos é inquietudes a su modelo.

«Veían un imperio medio teocrático, medio político; una corte con sus cortesanos y su hacienda; y la reunión de dos autoridades, en la que consideraban a un monarca del mundo, ejerciendo el poder espiritual, por sí mismo y por medio de sacerdotes, en quienes delegó parte de él; y el poder temporal por seculares, que sirven de sostén, y cuyo poder se reserva el derecho de suprimir, deponiendo soberanos, y erigiendo señores, relevando de la obligación de la obediencia a los vasallos de los que no se someten a la autoridad pontificia.

«Sobre el modelo de este imperio temporal de la Iglesia romana, hicieron calcar, Lainez y Aquaviva, el Instituto de la «Compañía», creyendo que debían aumentar su autoridad en lo temporal y en lo espiritual, su consideración, su crédito y sus riquezas. De esta manera constituyeron su política mundana, según la cual la «Compañía», ha gobernado desde entonces sus establecimientos, colegios, seminarios, y su misma dirección.

San Francisco de Borja, que sucedió a Lainez, ya lo observó en 1569, trece años apenas transcurridos desde la muerte de San Ignacio, y condenó la ambición, el orgullo y amor a las riquezas, que en su tiempo reinaban en la «Compañía», y cuyas funestas consecuencias temía, en carta dirigida a los jesuitas de Aquitania, impresa en Iprés en 1611.

También el historiador Mariana, que puede considerarse lumbrera de la Com-

pañía, a la que pertenecía desde 1554, siendo General San Ignacio, y que conoció cinco de sus sucesores, decía en su libro titulado DE LOS DEFECTOS DE LA SOCIEDAD DE JESÚS, capítulo 3.º, «que San Ignacio y los primeros Generales, no gobernaban tan despóticamente como Aquaviva, y que no era sorprendente que su despotismo enagenara las voluntades. Y en el capítulo 19 asegura, que las leyes y, sobre todo, las reglas de la «Compañía», se cambiaron con frecuencia, de manera que la Corporación ha llegado a ser enteramente contraria al plan del fundador.»

La lógica consecuencia del principio de la obediencia pasiva, establecido y enaltecido por San Ignacio, como fundamento de su «Sociedad», no podía menos de dar los frutos de que se quejaban San Francisco de Borja y el padre Mariana. Lainez y Aquaviva no hicieron más que servirse del instrumento que San Ignacio había creado, para engrandecer la «Sociedad» de que eran alma y cabeza.

El Papa Pablo IV encontró peligrosa para la autoridad pontificia la perpetuidad del generalato, y como así lo manifestó, Lainez hizo que la congregación que le dió el cargo, declarase, que estando así determinado en sus constituciones, sería siempre electivo y vitalicio el cargo de General.

II

Aquaviva fué más aprisa que lo que las circunstancias permitían, y tuvo que habérselas con la Inquisición de España, y con muchos de los primeros jesuitas españoles; pero en cambio obtuvo de Gregorio XIII permiso para comerciar en las Indias, so pretexto del bien de las misiones, y un privilegio exclusivo para mandar misiones al Japon el fué quien fundó las misiones político religiosas del Paraguay, origen del engrandecimiento temporal de la «Compañía», y de la corrupción de las miras espirituales del fundador, ya muy falseadas por Lainez.

Los hechos han demostrado, que el espíritu cristiano, sirvió desde entonces de medio al espíritu mercantil y político, empleando aquel como instrumento para satisfacción de éstos: pudiendo decirse, que sin abandonar su muestra, la «Compañía de Jesús», ha sido y sigue siendo «Compañía de Mercurio».

La política de la «Compañía» consistió en entrar rezando por salir mandando; y pueden aplicarse aquellos versos de nuestro poeta: que dicen:

«Viéronse estos traidores fingirse amigos para ser señores, y el comercio afectando.

Entrar vendiendo por salir mandando.»

En efecto, los jesuitas llevan a sus misiones la vara de medir tras el Cristo; y los fardos de medallas benditas, escapu-